

Sirenidades

Agustín Monsreal

Agustín Monsreal, autor de libros como Tercia de ases, Los ángeles enfermos y Las terrazas del purgatorio, nos da en este texto una muestra de su prosa poética.

AMAR PARA EL OLVIDO

Aquella era una sirena infinita, la mejor, la más astuta, la más hermosa, pero, como todas las sirenas, era un camino sin gloria.

CAMBIO DE GIRO

Cuando cantar entre las olas dejó de ser negocio, las sirenas salieron a los puertos del mundo y establecieron melodiosas casas de putas.

UNA MUJER ES UNA MUJER, QUÉ CARAMBAS

i.m. Edmundo Valadés

La pesqué, la estudié durante un buen rato y la devolví al mar. Para mí, amante de las buenas piernas, una sirena no tiene el menor chiste.

REUBICACIÓN DE LA MEMORIA

El amor a las sirenas parece ser ya cosa del pasado, irrecuperable, innecesaria, triste, superflua. Por eso su belleza se puede apreciar nada más en los museos.

SIRENÓLOGO

Cuando la conoció, advirtió de inmediato que se trataba de un conjunto organizado y funcional de átomos, moléculas, células, órganos, sistemas y aparatos, y no le quedó otro remedio que enamorarse de ella.

LA CASA DE CIRCE

Las sirenas cantaron para mí y acudí presuroso. Me dieron más de lo que su amplia fama prometía. Lo malo fue a la hora de pagar la cuenta. Tuve que dejar empeñado el barco y decirle a Penélope que me habían asaltado.

NADIE ES PERFECTA

Cuando quiero ofenderla, humillarla, herirla en lo más profundo, le pido que se abra de piernas y ya está, avergonzada, escamotea su hermoso culo resbaladizo de sirena, lo esconde bajo las sábanas, y se pone a llorar.

CASI SAGRADA

Sólo una vez me develó el misterio de su cuerpo, su profunda y dulce humedad, los aromas y sabores innumerables que guardaba bajo aquella prodigiosa cola de pez, y pasé el resto de mi vida con el temor de que se desvaneciera en mí la luminosidad de aquel recuerdo.

CUESTIÓN DE ESTRATEGIA

Me intrigaba cómo se ayuntan las sirenas, cómo se reproducen, quiénes son los machos con los que se aparean y que las fecundan, qué hacían para merecer su fama erótica que daba la vuelta al mundo, si tenían ombligo, menstruación, alma. Quería saberlo, así que dejé de atarme al mástil.



John William Waterhouse, *Ulises y las sirenas*, 1891

EL LÍMITE DEL DEBER

El pasado mes de mayo, en Puerto Progreso, una sirena salió a la playa a tomar el sol como cualquier turista; pero resulta que no compró artesanías, no tomó cerveza, no buscó un joven apuesto con quien refocilarse, como suelen hacer graciosamente las turistas. Así que las autoridades de Migración la devolvieron al mar.

FERVOR POR LA SEMEJANZA

Yo nunca he sabido distinguir un pez bebé de otro pez bebé. Ni a una sirena de otra sirena. Y a esto se debió la indeseable confusión, y mi adulterio involuntario. Cómo iba yo a saber, revolcado por el oleaje pasional en aquella playa al mediodía, que mi mujer sirena no era mi mujer sirena, sino su hermana gemela.

UN PROBLEMA ARTÍSTICO

Para qué bajas la guardia; para qué chillas como cerdo; para qué te revuelcas en el lodo; para qué te declaras dispuesto a perderte —como el pobre diablo desesperado que en un acto sin sentido ofrece su alma al Diablo. Mejor amárrate al mástil y tapia tus orejas con cera, si es que en verdad quieres que las sirenas canten para ti.

LA ALEGRÍA DEL DESPOSEÍDO

Las sirenas suelen ser más bien feas, y desproporcionadas, engreídas en virtud de esa cubierta verdiazul que usan de la cintura para abajo y les da un aspecto extravagante. Pero yo tuve la fortuna de conocer a la sirena

más bella del orbe, cuando me llevaron a festejar mi doceavo aniversario al circo que vino a hacer temporada en la ciudad, y desde entonces cada año bisiesto, el treinta de febrero, viene a visitarme. Poco antes de la medianoche, yo me duermo, y al rato llega ella, se mete en mi sueño y hacemos el amor hasta el amanecer, que es cuando se acerca a despertarme mi mamá para que vaya a comprar la leche y el pan del desayuno.

FINALES DE PARTIDA

I

Primero fue la infancia, los juegos aprendidos juntos, sorprendidos y fascinados, las expresiones de inocente asombro; luego la cercanía que les provocaba sentimientos confusos, todo era motivo de afán, desconcierto y alegría, los olores tan conocidos, los roces de la piel, el primer beso, tan rápido, tan intenso, el viento marino en ellos cada vez más tenue, y de repente, la verdad inaudita que conocían desde un principio y que trataron de ocultar, de negarse: el inconveniente para consumir el amor entre una Sirena y un Centauro.

II

Si ya está permitido el matrimonio entre un varón y otro varón, y entre una mujer y otra mujer, ¿por qué ponen el grito en las honduras del mar cuando el Centauro y la Sirena anuncian que van a casarse? ¿Nada más porque son primos hermanos?

ESTADO DE AUSENCIA

Ahí, sobre la formidable roca, estaba la sirena. No había nada singular o espectacular en ella —la cabellera

abundante y ondulada, la piel cobriza, los hombros muy anchos, los pechos breves, la cola de pescado verdiazul— fuera de los anteojos de carey que le daban un aire de distraída intelectualidad, aunque lo único que leía o parecía leer era la enigmática superficie de las conchas marinas que el oleaje arrojaba a sus pies (es un decir). Era miope, y además sorda, por eso los cánticos con que atraía a los peces de que se alimentaba le salían como chillidos atroces, que de paso espantaban los ánimos de sus más rendidos admiradores. En épocas de tormenta, se ataba a la roca para que las furiosas embestidas del mar no se la llevaran. Un día, los cristales mojados de sus anteojos no le permitieron ver el peligro y una gigantesca ola imprevista la arrastró. Se ahogó, porque no sabía nadar. Unos pescadores rescataron su cuerpo, lo llevaron a la isla y lo velaron sobre una mesa, entre cirios y rezos de mujeres. Todos vimos a la sirena: pudieron desenvainarle la cola verdiazul, pero no desmontarle los anteojos, que aun muerta le daban ese atractivo aire de intelectual.

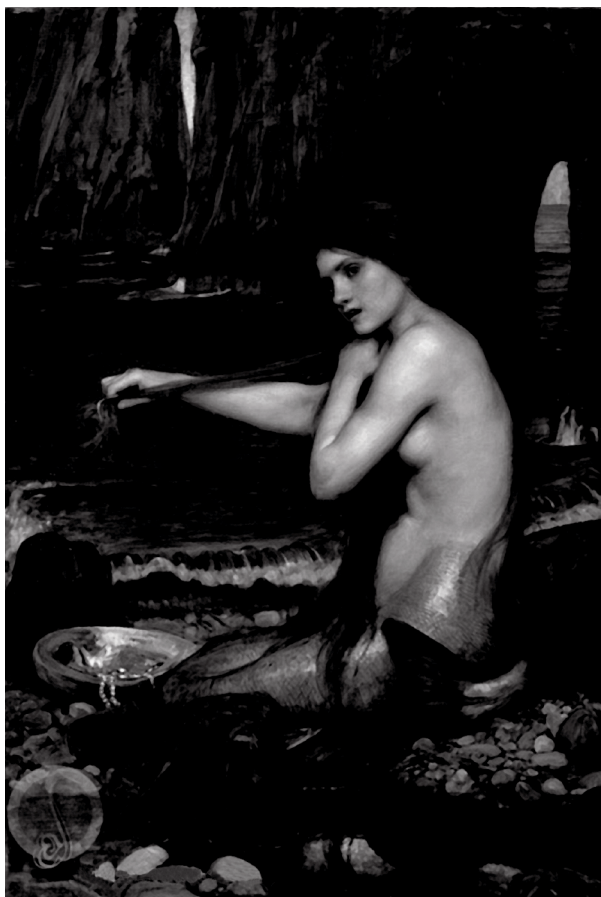
RETRATO A LÁPIZ

Así dicen que son, de cabeza a cola, las sirenas que andan sueltas por las aguas de estos rumbos: no tienen frente propiamente dicha, y su cabellera es un áspero racimo de algas; su rostro es azulino; carecen de cejas y pestañas; lucen por ojos dos bultos gelatinosos; sus labios son gruesos como dedos gordos, y sus dientes puntiagudos, feroces; en vez de lengua, poseen una aguja elástica cuya punta escupe una leche que adormece al animal que pincha; tampoco tienen cuello, o más bien, su cuello se halla formado por tres branquias superpuestas que laten aprisa, sin cesar; su espalda está cubierta por completo de escamas plateadas; su piel, parecida a la de la foca adulta o a la del tiburón hembra, emite reflejos metálicos y todo su cuerpo emana un fuerte olor a sardina; sus senos son dos ubres pletóricas, sin el aura del pezón; sus brazos son musculosos y sus diez uñas resultan diez navajas precisas, de distinto tamaño; su estómago aparece anchuroso y oscuro, como de mujer preñada, cuando se encuentra lleno de alimento, y plano y transparente cuando está vacío, que es lo más frecuente pues estos animales comen sólo una vez cada veintiocho días; fija a partir de sus robustas caderas, su cola de pez, debido al misterio que encierra, es en verdad su encanto más célebre, por el que disfrutaban fama de juguetonas, traviesas, voluptuosas, y con el que seducen para siempre al hombre que las posee... Así dicen esos marineros ociosos que pasan los días haraganeando por estas playas a la caza de turistas para contarles sus historias, y juran que es cierto lo que dicen, y lo juran por el único ojo que tienen en la cara, en mitad de la frente.

FUEGO EN REPOSO

A Javier Perucho, sirenoadicto

Sólo quedaban trece sirenas en el mundo, todas en las aguas serenas del Mar Muerto. En general gozaban de buena salud, pero sus cantos ayer seductores y rebosantes de voluptuosidad eran ahora simples murmullos quejumbrosos. De aquella hermosura imponente de antaño, de aquella lozanía irresistible, nada más quedaban unas carnes reseacas, decrepitas, feas. Ya no cegaban a nadie con su coquetería sirenil; ya ningún hombre quería copular con ellas. Su lujuria, agotada, prácticamente no daba la cara. Los marineros, antes tan codiciosos de su amor, brillaban por su ausencia. De vez en cuando, un ebrio desbrujulado caía en sus brazos, aunque más tardaba en recuperar la sobriedad que en salir corriendo. Hubo uno, sin embargo, que demoró su estadía a causa de cierta avería en el barco; por él sabemos que no es que nada más quedaran trece sirenas, sino que a lo largo de toda la historia, siempre habían sido únicamente trece. No envejecían igual que los seres humanos, pero envejecían en fin de cuentas y, después de haber llegado a su plenitud, hará cosa de cuatro mil años, empezaron a empequeñecer un centímetro por siglo. Esta mengua se detendrá cuando lleguen a la estatura que alcanzaban cuando nacieron; no obstante permanecerán vivas. Hoy, al igual que en sus días de gloria, tienen todo el tiempo por delante. Frente a los pocos turistas que empujados por la curiosidad aún



John William Waterhouse, *Una sirena*, 1901

acuden a verlas, alguna de ellas hace el intento de mostrarse alegre, frívola, graciosa. Sin embargo, su aburrimiento es triste y absoluto. Al parecer, sufren serias depresiones crepusculares y tienen unas miradas inofensivas, inocentes y trágicas.

ESCENAS FUERA DE PROGRAMA

Ulises, que desde muy chico soñaba con ser director teatral a la manera de Homero, un dramaturgo muy renombrado de ese periodo, y pensando ya en el retiro de tantas faenas, tantos viajes y peleas y aventuras, raptó a dos fogosas sirenas, las complació hasta atemperarles el fuego de sus carnes y entonces, aprovechando la larguísima travesía de regreso a Ítaca, las instruyó en las artes de la adivinación (leer las cartas, la palma de la mano, el iris de la pupila, la yema de huevo de serpiente); les enseñó prestidigitación, malabarismo, ventriloquia, juegos de espejos, trucos de ilusionismo como tragar sables, escupir llamas, acostarse en nidos de espinas, pararse sobre las puntas de su cola de pez; les educó la voz para que cantaran sus artificios un poco más entonadas; las puso a dieta (su gordura no tenía nada de graciosa) y les mostró nuevas destrezas para seducir y estimular la codicia sexual de los hombres mediante contorsiones corporales y escenificaciones sutiles con los ojos y con los labios y con las manos extendidas en actitud de ofrenda, aunque sin acercárseles, ya que padecían un mal aliento crónico (a causa de su alimentación a base de pescado vivo) y podían torcerle la voluntad al marinero más apasionado.

Cuando llegó a casa, al cabo de veinte extendidos años de errancia y ausencia, su esposa Penélope, que se había transformado en una vieja malhumorada, grasienta y fofa, le dijo que se dejara de tonterías, no lo había esperado y esperado y esperado todo ese tiempo para verlo ahora convertido en un mísero payaso de feria, y además, con la escasez de servidumbre que padecían y habiendo tanto quehacer en la casa, no usar a ese par de muchachas musculosas sería un auténtico desperdicio, así que las sirenas pasarían a formar parte de su equipo doméstico y punto. El bueno de Ulises, que tampoco tenía ya los bríos ni los ímpetus de antes (bufaba al subir las escaleras, sufría intensos dolores de espalda, tenía la próstata hecha un asco), dobló los ánimos ante la autoridad rechinadora de su mujer y le permitió salirse con la suya mientras él, apaciguados sus anhelos de gloria y sus fantasías teatrales, se tendía por las tardes en la hamaca y suspiraba, recordando sus andanzas de las lejanas épocas, bebía agua de cebada, se adormecía escuchando los sonidos apacibles del mar y, con frecuencia, roncaba. Telémaco, el precioso hijo de Penélope y Ulises, como

cualquier unigénito de familia acomodada, trató de fornicar con las nuevas sirvientas, pero como carecía de la sagacidad y el ingenio de su papá, no pudo. Ni modo, no se hizo el hocico del asno para gozar la blanca miel de las sirenas.

UNA AMISTAD EQUIVOCADA

Estaba dispuesto a perder la cabeza por ella

a perder el sueño por ella

a perder la razón por ella

a perder los estribos por ella

a perder la inocencia por ella

a perder el paso por ella

a perder el honor por ella

a perder el hambre por ella

a perder la calma por ella

a perder la vida por ella

a perder la dignidad por ella

a perder el habla por ella

a perder la salud por ella

a perder el tiempo por ella

a perder la voluntad por ella

a perder el alma por ella,

y es que ella era ágil y alegre

sesgada y maliciosa

inquieta y simpática

mimosa y sentida

delicada y locuaz

curiosa y desconfiada

punzante y divertida

festiva y luminosa

gozosa y juvenil

vibrante y extensa

majestuosa y extraña

firme y persuasiva

pálida y delgada

inteligente y bondadosa

fiera y brillante

pequeña y definida

absorta y fascinada

silenciosa y plácida

cordial y satisfecha

inspirada y radiante

dulce y risueña

indagadora y profunda

bondadosa y noble

incierta y pueril

vehemente y cálida

serena y abstraída,

bella, inigualable, poderosa,

pero no había caso,

él era un hombre y ella una sirena. ▮